

“MANOS SUCIAS”

No le riñas, mujer, tanto al niño
ni le llares Judas
porque vuelva a casa con las suelas rotas
y las manos sucias.
No le riñas, mujer, no le riñas;
¿es que te figuras
que es el único niño en el mundo
que juegue y que bulla?
¿No es mejor que destroce el calzado
que no le veas postrado en la cuna?
¿No es mejor que te atruene la casa
y lleve las manos muy sucias, muy sucias?
Con eso y con todo, cuando con sus manos
aprieta las mías, ya torpes y rudas,
mis males se aquietan,
mis ojos se alumbran,
y todo lo veo con luces solares
aun siendo de noche sin luna.
No le riñas, mujer, no le riñas
si rompe el calzado y si lleva las manitas sucias.
¡Quién me diera tener aún al lado
a aquella nenita tan linda y tan rubia
que se nos fué al Cielo
llenando nuestra alma de pena y negrura;
quién me diera tenerla a mi lado
haciendo diabluras;
rompiendo calzado;
cruzando mi cuello con sus manos sucias!

RAFAEL GONZALEZ CASTELL

“PEDRITO DE ANDÍA”. RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS

“**P**EDRITO de Andía” es la historia de un mocosuelo vascongado de limpio linaje, que va para mozo. Esa historia a mí, español de la incómoda y arriesgada España de estos días, me interesa sobremanera. Tanto, que voy a aventurarme a escribir lo que sigue, en medio del coro general de alabanzas, sabiendo que me expongo a que “lo que sigue” sea pasto de la duda, la murmuración y el enojo. Pero no me importa. El clima público, las letras de este país están huérfanos, hace más tiempo del debido, de honradez y veracidad, y es obligación moral del que tenga títulos para ello, del que sepa y pueda, intentar lo imposible porque las recobren. Sin esas virtudes no hay literatura, no hay política, no hay convivencia: juego de ideas. En rigor, sin esas virtudes no hay vida; al menos, vida conforme a los principios de libertad y responsabilidad que deben presidir cada acto de los hombres, al tenor de la naturaleza libre y responsable que es atributo de su alma, fuero de su corazón...

Mas no nos salgamos de lo que ahora incumbe.

PROLOGO OBLIGADO

Me interesa dejar sentado, por lo pronto, que mueve mi pluma una razón no estrictamente literaria, de índole política—si es que toda actividad humana, incluso la literaria, por el hecho de serlo, no es ya política— y de muchos quilates—en el más profundo y noble sentido de la palabra. Hago anticipadamente la advertencia para que nadie se llame a engaño. Ante “Pedrito de Andía” el autor de estas líneas es beligerante; con una beligerancia reflexiva, fruto de una larga meditación y de un no menos dilatado, casi insultante respeto intelectual por el escritor que le ha dado a luz, Rafael Sánchez Mazas. Este respeto, más que nada, me confiere el derecho a hablar, y por si fuera poco este derecho, una vieja deuda política que yo estimo que el envidiable escritor tiene contraída y no saldada con un importante número de españoles, a los que un día sacó de sus casillas e hizo vivir ardientemente, hablándoles de cosas incómodas pero bellas por las que merecía la pena dejarse matar. En nombre de ellos escribo. Lo hago sin acritud. Si, no obstante, una cierta e involuntaria amargura asoma su rostro por entre estos renglones; sepa desde ahora el lector que no he podido curarme de ella.

Acaso muchos piensen que la razón política que invoco carece de significación a la hora de enjuiciar una novela, o no es de peso. Entre esos muchos estoy seguro que no se encuentra Rafael Sánchez Mazas. El mejor que nadie conoce el dramático significado que en-